

Mié

13
Ene

2021

Evangelio del día

Primera semana del Tiempo Ordinario - Año Impar

“Curó a muchos enfermos de diversos males”

Primera lectura

Lectura de la carta a los Hebreos 2,14-18:

Lo mismo que los hijos participan de la carne y de la sangre, así también participó Jesús de nuestra carne y sangre, para aniquilar mediante la muerte al señor de la muerte, es decir, al diablo, y liberar a cuantos, por miedo a la muerte, pasaban la vida entera como esclavos.

Notad que tiende una mano a los hijos de Abrahán, no a los ángeles. Por eso tenía que parecerse en todo a sus hermanos, para ser sumo sacerdote misericordioso y fiel en lo que a Dios se refiere, y expiar los pecados del pueblo. Pues, por el hecho de haber padecido sufriendo la tentación, puede auxiliar a los que son tentados.

Salmo de hoy

Sal 104,1-2.3-4.6-7.8-9 R/. El Señor se acuerda de su alianza eternamente

Dad gracias al Señor, invocad su nombre,
dad a conocer sus hazañas a los pueblos.

Cantadle al son de instrumentos,
hablad de sus maravillas. R/.

Gloriaos de su nombre santo,
que se alegren los que buscan al Señor.
Recurrid al Señor y a su poder,
buscad continuamente su rostro. R/.

¡Estirpe de Abrahán, su siervo;
hijos de Jacob, su elegido!
El Señor es nuestro Dios,
él gobierna toda la tierra. R/.

Se acuerda de su alianza eternamente,
de la palabra dada, por mil generaciones;
de la alianza sellada con Abrahán,
del juramento hecho a Isaac. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Marcos 1,29-39

En aquel tiempo, al salir Jesús de la sinagoga, fue con Santiago y Juan a casa de Simón y Andrés.

La suegra de Simón estaba en cama con fiebre, e inmediatamente le hablaron de ella. Él se acercó, la cogió de la mano y la levantó. Se le pasó la fiebre y se puso a servirles.

Al anochecer, cuando se puso el sol, le llevaron todos los enfermos y endemoniados. La población entera se agolpaba a la puerta. Curó a muchos enfermos de diversos males y expulsó muchos demonios; y como los demonios lo conocían, no les permitía hablar.

Se levantó de madrugada, cuando todavía era muy oscuro, se marchó a un lugar solitario y allí se puso a orar. Simón y sus compañeros fueron en su busca y, al encontrarlo, le dijeron:

«Todo el mundo te busca».

Él les responde:

«Vámonos a otra parte, a las aldeas cercanas, para predicar también allí; que para eso he salido».

Así recorrió toda Galilea, predicando en sus sinagogas y expulsando los demonios.

Reflexión del Evangelio de hoy

Jesús, nuestro Mediador ante Dios

El tema central de la carta a los Hebreos es el sacerdocio de Cristo. El sacerdote es un mediador entre el mundo de lo sagrado y el mundo a secas. Cristo es nuestro único Mediador (nosotros tenemos “un gran pontífice que penetró en los cielos” [Heb 4, 14] después de realizar su misión en la tierra). Es decir, Jesús es el *pontífice*, el ‘puente’ entre la orilla de Dios y la nuestra.

El puente está en el medio, uniendo las dos orillas: Jesús es Dios y es hombre, es “de nuestra carne y sangre”. Por eso nos conoce, nos comprende y siente compasión por nuestras miserias. Pero, además, Jesús, que participó también de nuestros sufrimientos, padeció la muerte en beneficio de todos: su solidaridad con nosotros lo llevó a una muerte por la que fuimos liberados de aquellas miserias y de la misma muerte, en cuya raíz estaba el pecado.

¿Puede la muerte de alguien liberar de ella a los que la ven como un estigma? Sólo cuando es consecuencia de una vida entregada al proyecto amoroso de Dios, que quiere que todos los hombres se salven y les abre las puertas de su propia gloria. Jesús vivió esa entrega y asumió esa muerte, con la que “aniquiló al que tenía el poder de la muerte, es decir, al diablo..., y expió así los pecados del pueblo” (dicho de otra manera: al hacerse solidario de los pecadores, transformó, con su muerte por amor, el pecado del mundo).

Ante esta realidad de fe, preguntémonos sinceramente: ¿Nuestra vida es también una entrega total al amor de Dios y de los demás? ¿Creemos que nuestro amor, unido al de Cristo, puede liberar a alguien del miedo a la muerte?

Jesús, un Mesías servidor de los hombres

Jesús ha estado enseñando en la sinagoga. Es una de sus actividades más constantes, junto con las curaciones que hace y de las que el evangelio de hoy nos habla con profusión. Primero, cura a la suegra de Pedro, a cuya casa acude con otros dos de sus discípulos. Ella se pone inmediatamente a servirles: se diría que el primer efecto de la curación es la disponibilidad para el servicio. Somos curados para poder servir mejor a los demás. Agradecemos el bien que recibimos, haciéndoselo a otros.

La gente se agolpa para pedir la curación, sea de alguna enfermedad, sea de la posesión diabólica. La presencia de los demonios aparece en el NT ejerciendo su influencia maligna sobre las personas, así como también desvelando la identidad de Jesús, frente a la incredulidad que muestran muchos de sus oyentes. Paralelamente Jesús aparece siempre neutralizando el poder maléfico de los demonios sobre las personas, y prohibiéndoles hablar sobre su condición mesiánica. No quiere que ésta se malinterprete antes de que, al consumar su misión, pueda revelarse como el Mesías sufriente anunciado por los profetas. Jesús vino para salvar a todos, pero haciéndose el servidor de todos.

Junto a esta tarea solícita en favor de los que sufren, Jesús vive a solas en profunda comunión con el Padre. Los discípulos lo encuentran orando en descampado, antes de despuntar el alba, y le comunican que todo el mundo lo busca. Pero él ha comprendido, en el diálogo de la oración, que su misión tiene que extenderse también a otras partes, en las que debe continuar enseñando y curando. Cuando la multitud quiere acapararlo en un lugar concreto, la oración lo mantiene fiel a su misión de evangelizar siempre más allá. La oración nos reconforta de la labor realizada y, a la vez, nos impulsa a recorrer nuevos horizontes.

¿Cómo agradecemos el bien que recibimos? A ejemplo de Jesús, ¿vivimos para servir? La oración ¿confirma nuestra dedicación a los demás?, ¿nos impulsa a ir más lejos en nuestra misión?



Fray Emilio García Álvarez O.P.
Convento de Santo Tomás de Aquino (Sevilla)